

Volumen X

Octubre 1.º de 1914

Número 99

REVISTA  
del  
COLEGIO MAYOR  
de  
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección  
de la Consiliatura



*Novà et vetera*

BOGOTA  
Imprenta Eléctrica. 168, calle 10  
MCMXI V

## Contenido

Oración fúnebre del Sumo Pontífice Pío X, pronunciada en la Catedral de Bogotá.....	R. M. CARRASQUILLA
A Pío X, Papa.....	BELISARIO PEÑA
El nuevo Pontífice Benedicto XV.	
Un libro bogotano juzgado en España	FR. ZEF. DE LAVIESCA
Égloga de Virgilio a Polión.....	JOSÉ JOAQUÍN CASAS
José Rafael Angulo.....	JOSÉ MANUEL MANJARRÉS
Flor de los Andes.....	CIRO MOLINA GARCÉS
Memorias inéditas de la Avellaneda.	
Al dolor.....	FRANCISCO ANTONIO BALCÁZAR
Temas nuevos.....	ANTONIO GÓMEZ RESTREPO
Pedagogía doméstica.....	MARTÍN RESTREPO MEJÍA

# REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, octubre 1.º de 1914

## ORACION FUNEBRE

### DEL SUMO PONTIFICE PIO X

PRONUNCIADA EN LA CATEDRAL DE BOGOTÁ POR EL  
CANÓNIGO DOCTOR

RAFAEL MARÍA CARRASQUILLA

RECTOR DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Excelentísimos e Ilustrísimos Señores :

Me encarga, por segunda ocasión, mi Arzobispo de pronunciar la oración fúnebre de un pontífice romano, a raíz de su partida de este mundo. Ayer no más—porque los años que pasaron son más breves que el presente día,—hallándome en la plenitud de la vida, conservando todavía ilusiones en la mente, aún no bien desengañado de glorias que pasan, esboqué con mano torpe la sobrehumana figura de León XIII. Deslumbrado por tamaña grandeza, retraté al hombre a plena luz y os permití sólo entrever en la penumbra al cristiano y al sacerdote. Hoy, después de haber pasado los umbra-

les de la época postrimera, despierto ya de todo ensueño terrenal, con el alma adolorida y lasa, querría pintaros al varón justo que acaba de morir, dejando en segundo término al Pontífice Rey, emperador de las conciencias de trescientos millones de súbditos. La historia de los grandes hombres no es poderosa a prender la chispa del genio en los oyentes; la simple narración de las vidas de los santos enciende, aun en las almas más rudas, el suave calor de las virtudes evangélicas.

La empresa que acometo es más ardua que la precedente: para estimar la grandeza no es preciso ser grande, y todos contemplamos abortos, en las mañanas de verano, las cumbres nevadas del Ruiz y del Tolima. Mas la santidad es condición precisa para entender y medir la excelsitud de los santos. ¿Cómo hablar de **Pío X** con labios manchados y corazón que lleva dolorosas cicatrices de culpa? Imposible es, no obstante, excusar el encargo, porque recordar al padre y narrar sus méritos es necesidad imperiosa para el amante huérfano; porque yo recibí del difunto Pontífice señaladas muestras de afecto, que guardo avaro en la memoria y que se dieron, no como pábulo a la vanidad, sino a modo de voces de socorro para que el débil y cansado viandante no desfalleciese en el camino. A fin de que Isaías anunciara los oráculos divinos, un ángel le tocó la boca con una

ascua retirada del altar. Me hará menos indigno de proclamar las virtudes del justo el contacto con la sangre de Cristo que esta mañana me tiñó de púrpura los labios.

\* \* \*

Al fallecer León XIII la cristiandad entera lanzó un gemido de angustioso dolor, un prolongado lamento de viudez y orfandad. Pero el duelo de la Iglesia es siempre breve: Si León muere, en cambio Pedro es inmortal, apoyado en la promesa del Redentor, de *rogar por él para que jamás falte su fe* (1), de *estar con él todos los días hasta la consumación de los siglos* (2). *El cielo y la tierra fallarán, mas la palabra de Cristo nunca pasa* (3). Dios había escogido el nuevo pontífice desde la inmutable eternidad, y habría podido decirle como en los antiguos tiempos al Profeta: *Primero que te formara en el seno de tu madre, te conocí, y antes que nacieras... te destiné para hacer oír mi voz a las naciones* (4).

Nació **José Sarto** en la bella Italia, madre de las artes, cuna de la civilización, maestra de toda ciencia, en los que fueron dominios de la encantada Venecia, destronada reina de los ma-

(1) Luc. XXII, 32.

(2) Matt. XXVIII, 20.

(3) Ibid. XXIV, 35.

(4) Jerem. I, 5.



res, no lejos de la costa bañada por el *Superum Mare*, que rompe blandamente sus olas azules sobre las arenas de la playa. También la cuna del primer Papa, Simón hijo de Juan, se meció humilde en cabaña pescadora a orillas del mar de Tiberíades. Vio el futuro Pontífice la luz primera en la aldea de Riese, donde escribió Bembo varias de sus obras inmortales; celebrada por su hijo el cardenal Mónico en estrofas armoniosas y elegantes, en que nos la describe como un fragmento del paraíso terrenal salvado del castigo, con la almenada Castelfranco al mediodía; al norte, lejos, muy lejos, como niebla azulada, la imponente cordillera de los Alpes; con un clima

Che con giuste vicende amico cielo  
Ne tempra dolcemente il caldo e il gelo.

En el ambiente de la clásica tierra de la erudición y la estética, en la patria de Aldo Manucio y del Ticiano, bebió el amor a las ciencias, el gusto por el arte, la intuición de la música y la poesía. Pero más hondo que la naturaleza y que lienzos, estatuas y fachadas, labraron en el alma del niño la modesta iglesia parroquial donde renació a la gracia por el bautismo y más tarde recibió la comunión primera, el vecino santuario de la Céndrole, consagrado a la Madre de Dios; y, sobre todo, el ambiente de los paternos lares; las lecciones y ejemplos de

sus padres, dotados del buen sentir que da el trabajo rudo si lo acompaña la cristiana piedad, amantes de sus hijos con aquel cariño fuerte y varonil, tan escaso en los hogares ciudadanos.

Pasó el varón egregio cuya pérdida estamos hoy deplorando, los primeros años, a semejanza de San Juan de Dios, San Vicente de Paúl y el Venerable Bosco, en rústicas labores; y a imitación del Maestro celestial, hijo adoptivo del carpintero de Nazareth, en domésticos menesteres y cuidados. Allí aprendió a practicar la pobreza, y su hermana mayor la caridad para con los más desvalidos; la sobriedad, nodriza de las almas fuertes; la paciencia, endulzadora de las penas; el trabajo tenaz, secreto del éxito en las empresas; y sobre todo, adquirió aquella que es fundamento de toda virtud, la que hace que ante el nombre de Jesús toda rodilla se doblegue. El nacimiento oscuro produce en los hombres levantados por la Providencia a las alturas, efectos diversos y aun contrarios: en los soberbios, despecho; desaliento en los cobardes; en los cristianos fervientes, humildad. El Cardenal **Sarto, Pío X** más tarde, hablará a menudo en el palacio patriarcal de Venecia, en las salas del Vaticano, de su pobre cuna, de sus honrados padres, de su infancia desvalida, con sencillez perfecta, sin rubor y sin jactancia.

Guardó intacta en los años juveniles la albu-  
ra del bautismo; ardía en devoción a la Ma-

*donna*, la Santa Madre de Dios; enternecía a los demás rapaces con sus religiosas conversaciones, y los conducía a la Céndrole, donde recitaban a coros, con las manos puestas, el rosario santísimo de María. A los doce años de edad se acercó por primera vez a la sagrada mesa. ¿Por qué te dilataron, Padre Santo, la unión con el divino Jesús? ¡Oh! dirías tú, si yo pudiese hacer que todos los niños llegasen al Niño Dios, que los espera con la sonrisa en los labios, el anhelo en los ojos, los bracitos abiertos! ¡Aguárda! te respondería Cristo a los oídos del corazón; soy paciente porque soy eterno, pero a ti solo confío la hora de la misericordia y la justicia. Escuchad ahora, hermanos, la voz del sacerdote que lo dispuso a la comunión y que escribió doce años después estas palabras: “**José Sarto**, el día que Dios se unió con él, dejó de ser niño, adquirió un corazón levantado y fuerte, y sintió el comienzo de una nueva vida, porque Dios, al visitarlo, le comunicó la necesidad de abnegarse, de inmolarse, de amar; ese día se consagró en cuerpo y alma a Jesucristo, y no ha dejado de vivir un solo instante en comunicación con su Maestro. Es el alma más noble que conozco; y aunque apenas un humilde y modesto sacerdote, se asentará en el cielo a la diestra de la Majestad divina.” A poco hizo **José** voto de perpetua castidad ante la imagen de **María**.

¡Feliz el niño cristiano que se halle sostenido por un sacerdote a la medida del espíritu de Cristo; por uno tan inteligente que sepa lo que es un pequeñito, tan delicado que lo estime, tan paciente que lo tolere, tan caritativo que lo ame! Dios concedió esa merced al que había de ser su vicegerente en la tierra. En el escondido párroco de Riese halló catequista, director, padre, protector y maestro. El lo inició en las letras humanas, lo instruyó en la lengua de Virgilio, le despertó el amor al estudio, le enseñó la difícil arte de aprender. Cuando yo llegue al cielo—y espero ir allá porque creo en el perdón de los pecados—y contemple el alma de **Pío X** en el coro de los pontífices, quiero ver dónde brilla el párroco escondido que lo hizo sabio, que lo enseñó a ser santo (1).

Sigamos al niño a la escuela de Castelfranco; veamos cómo recorre a pie cada día varias millas de camino, llevando junto con los libros y cuadernos los mendrugos para la comida meridiana. Si en los registros escolares de examen aparece siempre **José Sarto** en el puesto preeminente, se distinguía aún más por las prendas de la voluntad. Uno de sus maestros escribió: “Este niño primero ama a Dios y después adora a su madre.” No se concibe elogio mayor para un adolescente.

(1) El cura de Riese, protector y maestro de **Pío X**, se llamaba don Tito Fusarini.

¡ Ah, hermanos míos, qué lejos me hallo de la oración fúnebre a estilo del gran Bossuet, modelo insuperable en este género literario ! Pero en aquel genio soberano valía más el cerebro que el corazón ; en el indigno sacerdote que os está hablando es menos ruin el corazón que la cabeza. Sigamos, pues, con los afectos, dejando las grandezas a un lado.

El mismo párroco, mecenas de **Sarto**, le obtuvo del cardenal Mónico, patriarca de Venecia, un puesto gratuito en el seminario de Padua. El bienhechor prelado era también natural de Riese, y su padre había sido un pobre obrero. " Es hijo de aldeanos, como yo, dijo Su Eminencia ; debo ayudarlo, y tengo intuición de prestarle con ello un importante servicio a la Iglesia." ¡ Qué asunto tan digno de atención : un príncipe nacido de la ínfima categoría social preparando a otro de su condición al pontificado supremo ! ¡ Y pintan al clero católico como enemigo de las clases populares !

Paso en silencio la vida del seminario, piedra de toque de las almas, cuando anima a los superiores el espíritu de Dios, espíritu de sabiduría y consejo, de fortaleza y piedad, y donde **Sarto** fue el primero en las aulas, el modelo de la piedad clerical, que es la que no se deja ver ni sentir ; el objeto de la estima de sus mayores, de la respetuosa amistad de sus iguales, para llegar al día en que fue ordenado sacerdo-

te, en presencia de su madre, de su párroco y de sus maestros, autores, después de Dios, de aquella alma escogida. Los afectos de ese día tuvieron al Señor por único testigo ; sábese que sus proyectos para lo por venir se limitaban a ser buen cura de una parroquia campesina.

Y lo fue en efecto, empezando por el humilde oficio de coadjutor. " Mi compañero, escribía el cura principal, es un santo. A las egregias cualidades que advertí en él desde el principio deben agregarse un celo de apóstol, un valor a toda prueba y una caridad a la antigua. No parte la capa con el pobre : se la da toda entera. Los primeros días lo creí llamado con el tiempo a los puestos más elevados de la Iglesia. Estaba yo engañado. Carece de toda ambición y sólo piensa en ganarse el sitio más encumbrado del paraíso." El Padre celestial se lo concedió todo : lo que no pretendía la humildad y lo que anhelaba el amor ; el trono más augusto de la tierra y una sede desde donde juzgar a los ángeles y a los hombres en el reino de los cielos.

Al ascender de coadjutor a párroco, su celo y su caridad se desbordaron, y semejaba que Vicente de Paúl hubiera resucitado en tierras de Venecia. No contento con dar hasta el postrer óbolo de sus modestos estipendios, empeñó, para socorrer a los desvalidos, los muebles de su

casa y aun los precisos libros de piedad y de estudio. A pesar del ansia de ocultarse, la fama de su ciencia, de su pericia en el arte suprema que es el régimen de las almas, y el suave olor de sus virtudes traspasaron las lindes de la parroquia. Así el viajero alcanza a percibir, en lo oscuro de la noche, la luz que a través de los resquicios de las ventanas se escapa del hogar de la cerrada cabaña; así trasciende el aroma de azucenas y azahares aun fuera del recinto donde se cultivan.

Y lo llamó el obispo de Treviso a elevados puestos en la cátedra, en la dirección del seminario, en el gobierno de la diócesis. Sus lecciones, no impresas por modestia, corrían en copias manuscritas por varios seminarios italianos; formó los levitas más que con palabras con ejemplos; y como superior eclesiástico, sin hacerse temer se hizo obedecer y admirar; sin familiaridad indebida, fue el ídolo del clero.

Mantua la famosa, la patria de Virgilio, la que vio nacer en su jurisdicción aquel ángel en carne humana que se llamó Luis Gonzaga, había perdido recientemente su pastor. Dolorosas circunstancias, nacidas de incuria de los hombres y malicia de los tiempos, tenían reducida la diócesis mantuana a estado por muchos conceptos deplorable. León XIII que, a fuer de grande, era conoedor eximio de los hombres, necesitaba un obispo en quien se aliasen cien-

cia profunda y heroicas virtudes con perfecta gentileza cortesana; la pobreza con la magnificencia, la actividad con la calma, la decisión con la prudencia, y con suma entereza blanduras de corazón materno. Y sin que el candidato lo supiese de antemano, nombró para la sede de Mantua a Monseñor **José Sarto**, canónigo primicerio de Treviso.

Hé aquí al hijo de los aldeanos de Riese, al niño que primero amaba a Dios y después adoraba a su madre, alzado por Dios a la dignidad de obispo, es decir, varón lleno de la plenitud del sacerdocio y de los dones del Espíritu Divino, sucesor de los Apóstoles, miembro de la Iglesia docente, maestro de la fe, legislador y juntamente juez y gobernante de una porción del rebaño de Cristo. También pastor, padre, médico y consolador y consejero y firme apoyo; que para todo eso instituyó Cristo los obispos.

Antes de diez años, aquel campo a medio cultivar, invadido por cardos y ortigas, era un delicioso jardín, recreo de las miradas de nuestro Padre que está en los cielos. Fundados sólidos estudios de las ciencias humanas y de las divinas, modelado el sacerdocio en sabiduría y piedad, combatidos los errores, corregidas las costumbres, devuelta la paz a las familias, se multiplicaron las escuelas, asilos, hospitales, socorros a los pobres. El Papa seguía desde las alturas del Vaticano, con ojo de águila, el pro-

ceso de aquella resurrección triunfal, y cuando vio a Lázaro fuera del sepulcro, radiante de juventud y nueva vida, quiso premiar al autor de aquel milagro, y concedió al obispo de Mantua la púrpura cardenalicia. *¡Quién como el Señor Dios nuestro, que habita en las alturas y pone la mirada en lo humilde de la tierra, y levantó a su siervo del polvo para colocarlo, por medio de su Vicario, en medio de los príncipes, entre los príncipes de la Iglesia Romana! (1)*

Los hombres mediocres se van empequeñeciendo a medida que crece el recinto en que figuran; los grandes se agigantan a proporción que el escenario se dilata. La lámpara que ilumina plenamente el gabinete de estudio deja en tinieblas los ámbitos de esta catedral; el sol, que penetra discreto al aposento, vierte luz a raudales en la anchura del mar, en los horizontes infinitos del desierto. El Cardenal **Sarto** iba a mostrar que era capaz de colmar un teatro más extenso, mientras llegaba el instante de que llenase el mundo con su inteligencia y su acción.

Meses después, iba recorriendo el gran canal de Venecia, en una góndola dorada, revestido de los pontificales ornamentos, por en medio de las dos hileras de marmóreos palacios ricamente empavesados, bajo los puentes que semejan

(1) Ps. CXII. 5 a 8.

por angélicas manos contruídos, entre el alegre sonar de todas las campanas de la ciudad echadas a vuelo y las voces de júbilo de la apiñada muchedumbre, para ir a sentarse bajo las bóvedas de la portentosa catedral de San Marcos, a la diestra del altar, en el trono de San Lorenzo Justiniano.

Al multiplicársele el rebaño, crecieron las necesidades y también los recursos, y él, sin aumentar la reducida servidumbre, la mesa frugal, el lecho angosto, los pobres vestidos, sin mejorar la medianía de sus hermanos y parientes, *dilató los espacios de su caridad (1)*. Desde aquella sede conspicua, dejó sentir en toda Italia el influjo de sus consejos y aspirar el perfume de sus ejemplos; y ante auditorio digno de entenderlo, se expandió su sobria, varonil y pintoresca elocuencia. Resistió con apostólica entereza, con ocasión de su nombramiento al patriarcado, los desafueros de las potestades temporales, y una vez más hizo triunfar el derecho sobre la iniquidad, la mansedumbre sobre la fuerza.

A imitación de los grandes prelados del Renacimiento, de los Rovere y los Médicis, se constituyó mecenas de literatos y artistas, y descubrió al insigne Perosi, le desató las alas, sugirióle los oratorios sublimes de *La Pasión y La*

(1) S. Agust. Serm. 110.

*Transfiguración*, le confió la capilla de San Marcos mientras llegaba el tiempo de encomendarle la dirección de la Sixtina. Ensanchó la basílica patriarcal, desterró de las iglesias todo lo que repugna al gusto exquisito del artista y todo cuanto ofende la delicadeza en el cristiano; y así como su maestro Jesús arrojó del templo a los mercaderes, así el Cardenal lanzó de las iglesias la música profana, volviendo a las graves y religiosas melodías de la antigua salmodia y a las paráfrasis, en modernas y sabias armonías, a modo de Palestrina, el grande. Por tal resurrección, extendida más tarde al orbe, el nombre de **Pío X** figurará en la historia del arte al lado del de los Ambrosios y Gregorios.

Ningún prelado respondió mejor que **Sarto** a los magnos pensamientos de León XIII. Eran el Papa reinante y el que había de ser sucesor suyo como dos cuerdas de un salterio que dan siempre una misma nota, aunque en octavas diferentes. El catedrático de Treviso fue de los primeros en el mundo en leer filosofía según la mente del Ángel de las Escuelas; el obispo de Mantua, en organizar la acción católica en pro de los obreros; el patriarca de Venecia, en ponerse al frente de las elecciones municipales, para hacer triunfar a los católicos en los concejos de ciudades y aldeas. Creía él, y siguió creyendo como Papa, y lo que cree el Papa es lo que

todos debemos creer, que el ministro de Cristo nunca ha de tener derechos menores que ningún otro ciudadano; y que el clero, fundador de toda nación, debe dar ejemplo a sus conacionales de amor encendido a la patria.

Supo el Cardenal ganarse el respeto y amistad de príncipes, nobles y magnates, y vivir en íntimo trato personal con los mendigos, los desvalidos, los enfermos. Por eso cuando salió de Venecia a no retornar jamás, a la hora de partir para el conclave, mientras se estaba despidiendo, de don Carlos de Borbón y de su esposa, del patriciado y de las autoridades de la ciudad, el pueblo lo aclamaba: ¡Viva el padre de los pobres! ¡Viva el patriarca de los gondoleiros! Después, el día de su coronación, cien mil personas de todo pueblo, lengua y raza, lo saludaron Papa-Rey. Valen más los adioses de Venecia, porque el carácter de pontífice supremo o de monarca no abren por sí solos las puertas de la bienaventuranza, mientras que el título de padre, de patriarca de los pobres, es pasaporte franco y seguro para entrar al reino de los cielos.

Uno de los más bellos monumentos de que la patria del Ticiano se ufanaba era el campanario de San Marcos, tan austero como esbelto, testigo diez veces secular, inmóvil aunque no mudo, de la grandeza, decadencia y muer-

te de la república famosa. En aquel *campanile*, ¡oh inmortal Galileo Galilei! fue donde

En el aire elevando dos cristales,  
Vuelto a Venus la faz, puesto de hinojos,  
Los ojos que te hiciste fueron tales  
Que envidiaron las águilas tus ojos !

Las obras del hombre perecen ; sólo la Iglesia, fundada por Dios, permanece eternamente. Se desplomó el campanario de San Marcos, rendido a su inmensa pesadumbre. El artista, el veneciano, el patriarca, se sintió herido en lo más íntimo de su alma. El hombre es combinación portentosa de polvo de la tierra y espíritu inmortal ; y en los varones superiores, a medida que el polvo se quebranta, cobra el espíritu alas más poderosas para volar a las alturas. Púsose el Patriarca a la cabeza del movimiento de las autoridades civiles y del pueblo para hacer resurgir el campanario de sus ruinas, y un día el Cardenal **Sarto**, ante el conde de Turín, hijo del Rey, los ediles de la ciudad, los representantes de varias naciones y la multitud popular, bendijo la primera piedra y dejó brotar del corazón una oración breve, de altísima y castiza elocuencia, que vertida a todas las lenguas, llevó el nombre de su autor hasta los confines de la tierra. Después de aliar con mano de maestro la piedad con el patriotismo más ferviente, terminó diciendo : “ ¡ Alzate bendecido

por Dios, Campanile de San Marcos, y llegue presto el día en que vuelva a resonar la voz de tus campanas, que anuncie, con los grandes hechos de Venecia, gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad ! ”

Faltaba la última jornada del camino. En el conclave que siguió a la sepultura de León XIII, el cardenal **José Sarto** obtuvo las tres cuartas partes de los votos ; respondió que aceptaba la dignidad y el cargo de Vicario de Cristo y que tomaba el nombre de **Pío X**.

\*  
\* \*

El día en que un hombre es elevado al pontificado supremo deja el nombre que recibió en el bautismo y el apellido de sus mayores, y se llama como alguno de sus predecesores ilustres. Esta no es práctica baladí, tradición sin alma ; el recién electo ya no es Simón, hijo de Juan, ni Hildebrando, ni Juan de Médicis, ni Joaquín Pecci : es Pedro, Cefas, la piedra angular de la Iglesia de Jesucristo, Señor nuestro. Los primeros sucesores del príncipe de los Apóstoles conservaron su nombre propio para distinguirse unos de otros ; por trescientos años todos fueron santos y casi todos mártires ; sacrificados en Roma, mezclaron su sangre con la del primer pontífice ; sepultados en la ciudad eterna,

casi siempre en el Vaticano, confundieron sus reliquias con las de Simón Pedro.

Después los papas dejaron su nombre original y se apellidaron Clemente, como el discípulo predilecto del pescador; Sixto, como el papa de San Lorenzo; Urbano, como el que figura en la idílica historia de Santa Cecilia; León, como el salvador de Roma; Gregorio, como el apóstol de Inglaterra. Ninguno se ha llamado Pedro, porque Pedro son todos; ha habido más de trescientos papas, pero un solo Papa, una piedra sola. Y parece como si el nombre del pontífice fuera augurio de su carrera gloriosa; los Gregorios se han distinguido por la fortaleza, los Leones por la sabiduría, los Píos por los dolores, compensados con las mayores victorias.

A la coronación de **Pío X**, el mundo, sabio con la prudencia de la carne, ignorante de la política de Dios, se mostraba ansioso de saber en cuál de las naciones, en cuál de las grandes potencias, como ellas se apellidan con soberbia insana, se apoyaría el nuevo papa, y él, con asombro universal, no se apoyó en ninguna. El cedro del Líbano, que hunde sus raíces en las entrañas de la tierra y rasga con su copa el velo de las nubes, no busca sostén y amparo en las gráciles cañas que germinan a sus pies. El incendio que hoy devora al viejo mundo; la guerra actual, sin precedente en la historia por el número de los luchadores y los medios de exterminio

de que disponen; este certamen de civilizada barbarie, que destruirá en semanas lo que se había edificado en muchos siglos; la catástrofe horrenda que se avecina; todo, no sólo justifica sino ensalza la conducta del Pontífice. ¡Qué de la Santa Sede si hubiera ligado su suerte a la desgracia de las naciones que resulten vencidas, a la conducta de las que resulten vencedoras!

Tuvo **Pío X**, al principio no más de su reinado, el dolor de ver a un gobierno romper los vínculos gloriosos de fecunda amistad que habían ligado a Francia, catorce siglos, con la Silla apostólica. El gobierno, digo, porque los obispos, sacerdotes y fieles se mostraron heroicos en aquella amarga circunstancia, dignos del que fue reino cristianísimo, fundado por Clodoveo, gobernado por San Luis, libertado por Juana de Arco, ilustrado por San Hilario y San Bernardo. Dios, para cumplir sus designios, saca milagrosamente bien del mal, y dispuso que la injustificable separación de la Iglesia y el Estado extirpase las postreras reliquias de los errores galicanos. El día más glorioso del pontificado de **Pío X** fue aquel en que, con sus propias manos, en Roma, en la Basílica de San Pedro, al pie de la cátedra del príncipe de los apóstoles, consagró catorce obispos franceses por él mismo elegidos. *Ave aeterna Roma, semper victrix!*

El nombre de Jesús quiere decir Salvador: el Verbo de Dios se hizo hombre para redimir las almas, para llevarlas al cielo; y con ese mismo fin instituyó su Iglesia. Sangre generosa de los mártires, escritos de Agustines y Crisóstomos, conservación de la cultura antigua en los monasterios benedictinos, épicas guerras contra el sarraceno, imperio de los Inocencios y Gregorios sobre príncipes y pueblos, gloriosas universidades medioevales, renacimiento de las artes y las letras, misiones entre infieles, pompas del culto, lienzos de Rafael, estatuas de Buonarroti, soberbias catedrales cuyas flechas suben al firmamento, no son sino simples medios para alcanzarles a los hombres santidad en la existencia presente, perpetua bienaventuranza en la futura. Determinó Pío X ir directamente a las almas para infundir en ellas la vida de la gracia y acrecentársela con alimento espiritual, con Jesucristo, pan vivo bajado del cielo (1); pan del entendimiento, porque ÉL es verdad por esencia; de la voluntad, porque es santidad infinita. *El que viene a mí, dice Jesús, no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed* (2). Mas ÉL quiso alimentarnos de otra manera, más íntima, más afectuosa, a modo de las madres, que con su propia substancia forman y

(1) Joan. VI. 51.

(2) Ibid. 35.

nutren a sus hijos. Bríndanos el manjar de la inmortalidad en *su carne que es verdaderamente comida*, en *su sangre que es verdaderamente bebida* (1); en la inefable Eucaristía, esfuerzo supremo del amor infinito que dispone de poder ilimitado; compendio de las maravillas divinas. Este es por excelencia *el pan nuestro, sobresubstancial* (2), como lo llama un evangelista; *de cada día* (3), como otro lo apellida; aquél en cuya *fracción perseveraban undimines* (4) los fieles de la Iglesia primitiva, el origen de la constancia de los mártires, de la pureza de las vírgenes, de la sabiduría de los doctores, de la caridad que todo lo da, de la paciencia que todo lo sufre, de la fortaleza que todo lo supera. La comunión cotidiana fue práctica constante de la Iglesia, en los siglos de persecución, en los tiempos de las herejías, en las incursiones de los bárbaros, siempre, hasta que la reforma protestante extinguió, aun en corazones católicos, la sed de poseer a Jesucristo; hasta que vino a completar la obra nefanda el hipócrita y helado jansenismo, que enseñaba ser la comunión premio de la santidad adquirida, y no, como dice la Iglesia, medio para adquirir la santidad.

(1) Joan. VI. 56.

(2) Matt. VI. 11.

(3) Luc. XI. 3.

(4) Act. II. 42.

Refloreó por obra de **Pío X** la comunión frecuente, la diaria, y se llenó de convidados el banquete del padre de familia, sin exigirles sino la veste nupcial, que consiste en la blancura de la gracia y en la rectitud de la intención. El segundo de estos requisitos no existe en las personas esclavas del mundo, empapadas de su espíritu, imbuídas en sus máximas, envenenadas con sus lecturas, pasatiempos, modas y espectáculos. ¡Gloria a **Pío X**, el papa de la eucaristía!

¿Habéis meditado en lo que es un niño cristiano de siete años? Es una alma creada con infinito amor por el soplo de los labios divinos, con la sangre de Jesucristo rescatada, limpia de mancha original por el sagrado bautismo; alma en que mora Dios y en que Dios se complace; hermana de los ángeles; luz que se refleja y transparenta a través del cuerpo, como el sol por las nubecillas de verano; el modelo que el Salvador nos propuso para entrar al reino de los cielos. *Dejad a los niños que vengan a mí* (1), mandó ÉL a sus apóstoles, y permitió que los pequeñitos le rodeasen, subiesen a sus rodillas, tocaran sus vestidos, y los acarició y los bendijó. No hay palabra para expresar el gozo del Corazón de Jesús cuando se une todos los días a esos corazones sin culpa grave, frescos

(1) Matt. XIX. 14.

como un lirio recién abierto, ingenuos como corderos, simples como palomas. Y ellos estaban también alejados de la sagrada Eucaristía, porque se pretendía que conociesen mejor la grandeza del Huésped divino, que se acercasen con más respeto a la mesa del altar. Ah! cuando los adolescentes alcanzan mayor discernimiento, saben también en ocasiones violar los mandatos celestiales; y el porte reposado de los adultos a veces no se adquiere sino a costa del candor y la inocencia. Si el Evangelio ha dicho que cuanto se haga en pro de los párvulos es como si se hiciese en favor de Jesús mismo (1), ¿cuál será la corona de **Pío X** que les dio la gracia de comulgar a millones de niños y le entregó a Cristo esos millares de corazones infantiles? No sólo fue el llorado pontífice padre de los pobres, el papa de la Eucaristía, sino el ángel tutelar de la niñez.

Angel fue también al desarrollar en la cristiandad entera la explicación dominical del Catecismo, aquel librito misterioso, el más pequeño en extensión, el más grande por su contenido, después de la Escritura Sagrada; sencillo y profundo, breve e inagotable; tesoro a que no alcanzó Platón remontándose al cielo de las ideas, ni Aristóteles ahondando en las raíces del pensamiento; resumen de cuanto escri-

(1) Matt. XVIII. 5.

bieron los padres y doctores ; luz para los humildes, aunque sean rudos, tinieblas para los soberbios, aunque sean doctos.

No sólo quiso el Pontífice la explicación del Catecismo para los niños, sino que la extendió a todas las edades y condiciones humanas. Tratándose de la ciencia de Dios, todos somos pequeños. David, con el corazón cortado a la medida del corazón de Dios, después de haber sondeado lo por venir con lumbre de profeta, es llamado párvulo en la Escritura (1). Declara Santo Tomás, en el prólogo de la *Summa Theologica*, que su libro es leche para los pequeñuelos. Y los infantes que se criaron a esos pechos se llaman Soto y Victoria, Suárez y Lugo, Melchor Cano y Toledo.

La solicitud de Pío X no se limitó a los que recibieron el bautismo, sino que se extendió a los infieles, ignorantes del Dios verdadero y de su Cristo. En ninguna de las épocas de la historia alcanzaron las misiones el desarrollo que en el reinado espiritual que acaba de extinguirse. No se contentaba el Papa con enviar los misioneros, sino que los seguía amorosamente en los padeceres y en los triunfos ; y no se ha extinguido el eco de la queja, de la súplica, de la protesta del Pontífice ante las crueldades salvajes cometidas contra los indios por especulado-

(1) I Reg. *pasim*.

res sin conciencia, felizmente no colombianos, en las selvas amazónicas.

Comunica el Vicario de Cristo la vida sobrenatural a los fieles esparcidos, desde la salida del sol hasta el occidente, por medio de los obispos y sacerdotes, por Jesucristo mismo instituidos, y por medio de las órdenes y congregaciones religiosas, fruto natural de la santidad sobrenatural de la Iglesia. Los presbíteros, los pontífices futuros, nacen y se desarrollan en los seminarios, almacigos de apóstoles, mártires, santos y sabios. Cuidó Pío X de aquellos huertos y jardines de Dios como de la pupila de sus ojos. Pensaba que en el clero católico la virtud es la sal que no deja que la doctrina se corrompa y que la ciencia es la salvaguardia de la santidad sacerdotal. En el mundo hay sabios depravados, en el sacerdocio son imposibles ; en el cielo brillan santos sin estudios, pero ninguno de ellos es sacerdote. El Papa amó las órdenes monásticas y les dio nuevas instituciones con que guarden intactas las reglas de sus ínclitos fundadores y maestros. Con motivo de su jubileo sacerdotal, escribió Pío X una epístola a todos los ministros del Salvador sobre la tierra. Aquélla no fue bula, breve, encíclica ; sino la carta del padre amantísimo al hijo ausente por la distancia, no por la memoria y el afecto. Allí se ve, se palpa al asceta, al santo, al párroco, al director de seminarios, al obispo ; y se siente la

mano delicada que no quiere lastimar, la discreción que entiende no ser concedidos a todos idénticos dones sobrenaturales. Aquel documento ha sido, por meses enteros, asunto de mi oración de la mañana, y me ha sostenido cuando ha arreciado la borrasca de las *externas luchas*, de los *internos temores* (1).

No os detendré en la labor interna del Pontífice. Mi auditorio es, en su mayor parte, secular, y las rectificaciones exigidas por el andar del tiempo, son materia fecunda para la historia, estéril para la elocuencia. La reorganización de las congregaciones romanas y los tribunales pontificios, la nueva legislación sobre matrimonios, la tarea muy adelantada de la codificación del Derecho Canónico, la revisión de la Vulgata, la reforma del oficio divino, llenarán volúmenes de los anales eclesiásticos, pero no caben en una breve oración como la presente. Acreditarán ante la posteridad erudita a **Pío X**, no sólo como santo, sino como gobernante y como sabio, no con la ciencia soberbia que se ostenta, sino con la sabiduría humilde que se oculta. No faltaron a su reinado los consuelos, si sobreabundaron los dolores. El no se apoyó en ninguna nación, pero a ninguna negó su protección y amistad, y poco antes de morir firmó el concordato con el reino de Servia, que ase-

(1) II. Cor. VII. 5.

guró sus derechos a los católicos de aquellas remotas comarcas. Vio el Papa florecer y acrecentarse la fe católica en los pueblos anglo-sajones y germánicos del uno y del otro hemisferio, y hallar asilo y amparo los religiosos expulsados de Francia en Inglaterra, Holanda y Alemania.

El jefe supremo de la Iglesia debe vivir, como los hebreos en tiempo de Nehemías, *trabajando con una mano* en la reconstrucción del templo *y teniendo en la otra mano la espada*, para defenderse de sus enemigos (1). Mientas **Pío X** restauraba las almas en Cristo, tuvo que luchar contra un adversario poderoso. La época de las sectas heréticas parecía, hasta hace poco tiempo, próxima a cerrarse. Llamo herética secta un sistema de errores contra la fe católica, profesado pertinazmente por una agrupación que lleva el nombre de cristiana, y aun con el título de católica quiere revestirse. En el pasado siglo, los que apagaron en sus almas la luz de la verdad no pretendieron formar iglesias nuevas; más lógicos, más audaces, menos hipócritas que sus predecesores, rechazaron del todo la revelación divina. Mejor así para los milites de Cristo: gusta ver el rostro del enemigo con quien va a combatirse.

Mas el demonio de la herejía debía intentar un postrer esfuerzo; la negación total asusta a

(1) II. Esdr. IV. 17.

las almas pervertidas que aún conservan el pudor de la familia espiritual en que nacieron. Judas no hubiera vendido a Cristo a la claridad del cenáculo, y le dio el beso traidor en la oscuridad del huerto. El orgullo y la sensualidad habían combatido a la Iglesia, de un siglo a esta parte, primero en nombre de la razón, después invocando libertad, proclamando la ciencia en seguida. Pero la diosa razón no resolvió los problemas que atormentan el espíritu humano, y por poco no anega el mundo en sangre; la libertad individual pereció ahogada en brazos del socialismo reinante, que es la muerte de toda iniciativa, de todo esfuerzo personal; los abanderados de la solución científica proclamaron la bancarrota de la ciencia. Para escapar de Dios, la soberbia se refugió en la noción de la vida. Sabemos todos que ella es origen del movimiento; y los novísimos herejes, confundiendo el efecto con la causa, hicieron del *devenir*, como dicen en Francia, del *feri*, como proferían los latinos, del *gignesthai* que inventó Heráclito tres siglos antes de Cristo, el dios a quien adorar, a quien servir. Allí está el fundamento del *modernismo*.

En aquel flujo y reflujo incesante caben todas las rebeldías, desde la elemental, que consiste en amenguar el mérito personal del superior y censurar sus mandatos, hasta la que rechaza la divina misión del Papa y los obispos;

en él se abrigan los sistemas más diversos: el pragmatismo, que hace consistir la verdad en la acción; el inmanentismo, en inconscientes anhelos de lo íntimo del sér; el evolucionismo, en un tránsito constante de lo bueno a lo mejor. Encuétranse en el modernismo todas las doctrinas falsas, todas las herejías: el agnosticismo de Pirrón, el escepticismo objetivo de Kant, la identidad de los contrarios de Hegel, la duda universal de Descartes, la riña de Pascal entre la razón y la fe, el sentimiento de la escuela escocesa, el transformismo darwinista y aun el fideísmo de Huet, sin faltar una sola de las interpretaciones bíblicas de Strauss y de Renán. Protestaba el modernismo contra lo inmutable de los dogmas y lo mudable de la disciplina de la Iglesia; rechazaba por anticuado el credo de los apóstoles y anhelaba por los últimos ápices de la liturgia primitiva. Para infiltrar el veneno en el indocto vulgo, hizo penetrar su influencia maldecida en la literatura y en el arte, en los vestidos, los espectáculos, las costumbres. Se le perdonará, en gracia de lo inútil, la tentativa de corromper la religión; pero no el estrago que causó en la moral pública, en los serenos dominios de la estética.

La Iglesia, con su prudencia y mansedumbre acostumbradas, calló por varios años, haciendo maternales esfuerzos por volver al redil aquellas descarriadas ovejas. Todo fue inútil, y

llegó un instante en que el error tomó las proporciones de un escándalo inmenso. No era ya lícito el silencio, y **Pío X**, que venía siguiendo con atenta mirada los estragos del mal, escribió al mundo católico su sapientísima encíclica *Pascendi*. Nunca el anatema del Vaticano había hecho estrago igual en las filas de los enemigos de Cristo. El modernismo desapareció del recinto de la Iglesia, para no renovarse jamás en esa forma. Aquellas elucubraciones abstractas no caben en la masa popular; los católicos las evitamos con desprecio; los que gustan de semejantes delirios seguirán profesándolos como antes, pero sin pretender llevar el nombre de cristianos. El Papa, en el insigne documento, recogió los dispersos errores, los juntó, señaló cómo se relacionan y enlazan entre sí. Rugieron los modernistas como tigres heridos, no tanto por la rabia de verse condenados, como por la sorpresa de verse descubiertos. Fue el alarido del leproso que por primera vez contempla su rostro en el espejo. El modernismo pasó como fuego fatuo, como espuma del mar, como incidente que no llenará sino una página en la historia.

Y en tanto que alcanzaba el triunfo en toda la línea de batalla, continuaba **Pío X** con humildad y sencillez su vida de recogimiento y caridad, la misma del coadjutor de Tómbolo, del cura de Salzano, del canónigo de Treviso,

del obispo de Mantua, del cardenal y patriarca de Venecia.

\*  
\* \*

Aún se ignoran en Colombia los pormenores sobre los supremos momentos del Pontífice, pero su muerte fue la de los santos, *preciosa*, como dice el salmo, *ante la presencia del Señor* (1). Mas el instante aquél infunde frío en el corazón. Cuando estaba principiando, entre dos millones de soldados, la batalla mayor que han presenciado los siglos, el Papa exhalaba el último suspiro. ¿Aciso Dios quiso apartar al justo, como en otro tiempo a Loth de las ciudades nefandas, para desatar el torrente de la justicia por largo tiempo detenido? ¿O quiso marcar el ocaso de una civilización que era obra suya y había desconocido a su autor? ¡*Oh alteza de la sabiduría y de la ciencia divina; qué inescrutables son tus juicios y cuán ocultos tus caminos!* (2).

Mirad, hermanos míos: el alma de **Pío X** en la bienaventuranza, la tierra inundada de nuevo diluvio, no de agua, sino de fuego, sangre y lágrimas; la barquilla de Pedro flotante, combatida por todos los huracanes, sobre el piélaggo sin orillas y gobernada por la mano exper-

(1) Ps. CXV. 15.

(2) Rom. XI. 33.



ta de Benedicto XV; Jesús dormido tranquilamente en la popa. Nosotros, viajeros de la nave, alcemos un grito de humildad, de penitencia, de súplica, y el Maestro despertará, se pondrá en pie, extenderá la diestra, imperará a los vientos y al mar y se hará en la Iglesia y en el universo una perfecta bonanza. *Et facta est tranquillitas magna* (1).

Septiembre, 1914.

---

## A PIO X, PAPA

Abrasado de encono,  
trémula el habla, incierta la mirada :  
desde el sulfúreo trono,  
ante la infernal corte congregada,  
así soltó la voz Satán un día,  
blandiendo el cetro con la diestra impía :

“ ¡ Conque me salió vano  
mis iras engendrar y mi despecho  
del fiero Domiciano  
y de Nerón en el sañudo pecho !  
Guerras, muertes, incendios, ruina, estragos  
y de sangre cristiana inmensos lagos !

“ De Cristo la sangrienta  
cruz desoló mi imperio ; mis altares  
cayeron con afrenta :  
triunfó Jesús ¡ oh rabia ! y los millares  
de palmas que perdieron nuestra manos  
fueron premio a los mártires cristianos ! . . .

---

(1) Matt, VIII. 23 a 26.